

EL PORTAVOZ

Por Ricardo de la CIERVA

Tengo delante el inconcebible artículo dedicado por don Francisco Umbral al documento episcopal sobre la familia, sin haberse leído. He esperado unos días para ver si alguien advertía el disparate y lo denunciaba. El documento de los obispos, de momento, no existe. Hay unos anticipos, unas filtraciones, unos borradores y un anteproyecto que en alguno de sus aspectos esenciales no se redactará definitivamente hasta después del verano, me dicen. Pero el señor Umbral coge al vuelo un documento que, por tanto, desconoce, y lo interpreta con el más puro resabio de incomunicación totalitaria, sobre el telón de fondo de otro disparate: los macabros hallazgos de Llerena que él atribuye, sin más, a excesos de la Inquisición.

He colocado los trozos informativos del documento episcopal sobre la mesa, y me encajan. Si, como espero, la forma final, incluidas las legítimas observaciones romanas —esto es, una Iglesia universal, no una eurotrampa— responde a la convergencia de mis fragmentos, mi impresión de cristiano, de historiador y de político es que se trata de una pieza admirable, profunda, enormemente respetuosa con la libertad humana, comprensiva hasta el fondo de las situaciones de angustia personal y familiar, pero también decisivamente exigente con el sacrificio personal y colectivo del cristiano. No hay en él una sola imposición, directa ni indirecta, a los españoles que, cristianos o no, decidan prescindir de la orientación pastoral. Alienta en el documento una reafirmación doctrinal profundísima, junto a un intento de conexión, plenamente logrado, entre tradición y entorno, entre pasado y futuro, entre aceptación simultánea de fe y de libertad. El documento no es un regodeo con la muerte, sino un canto a la vida. Pero no es un decreto-ley, como cree el señor Umbral, sino la expresión humana de un magisterio sobrenatural que sepera, en virtud de una fe concreta, libremente aceptada, y de la pertenencia consciente y también libre a una comunidad de vida integral, los criterios de racionalidad, de egoísmo y de conveniencia simple por los que se guían quienes carecen de la responsabilidad libre y lacerante de pertenecer a esa comunidad. El historiador que ha criticado amargamente la degradación cultural de la Iglesia Católica desde el Barroco al existencialismo comprueba ahora la convincente dimensión cultural del documento; la inserción de la Iglesia española actual en las preocupaciones y en las coordenadas del hombre y la mujer de nuestro país y nuestro tiempo.

El señor Umbral no ha visto nada de esto. Esta colosal defensa y enraizamiento de la familia es, para él, «el documento episcopal contra el aborto-píldora-divorcio». Este intento de síntesis cristiana para la crisis íntima de nuestro tiempo es «la mitrada prosa, la negra negativa de la Iglesia española (y supongo que romana); es un Llerena, una Llerena más actual y grave, es una tenue férrea inquisición». Luego, en una especie de rigodón blasfemo y estúpido, se le desbordan nuevas ignorancias y nuevas agresiones «marxopasotas» que tratan de salpicar a la misma figura del Papa cuando besa la tierra que le recibe. Jamás se podrá comprender el ecumenismo desde la escatología.

El señor Umbral no tiene la menor idea de lo que era la Inquisición, institución típica del Antiguo Régimen, y en cuanto

tal institución mixta Iglesia-Estado, enteramente puesta bajo el control político del Estado. El señor Umbral no tiene la menor idea de lo que se ha descubierto en Llerena; un nombre precioso de pequeña ciudad que ahora jenízaros de su cuerda tratan de añadir a la cadena de insultos contra ese archivo de nobleza histórica llamado Extremadura. En Llerena no se ha descubierto nada; algún cretino sensacionalista se ha enterado de la existencia —conocidísima— de un osario, depósito de restos desahuciados de un cementerio parroquial; como hay centenares en la meseta, donse se practica aún la triste costumbre denominada, con término que serviría de excelente subtítulo al trabajo del señor Umbral, «la monda».

Pero hay algo más grave. Sigo desde hace tiempo la trayectoria cultural y política del señor Umbral. Reconozco sus cualidades literarias, su intuición creadora de formas, su capacidad de expresión, su entronque con las vetas del clasicismo, su debate desgarrador contra sus vacíos interiores y su perezosa tendencia a la brillante superficialidad. No voy a rebuscar aquí alusiones personales, como ha hecho el señor Umbral con mi familia, al borde de la querrela criminal que no he querido promover de momento contra un miembro distinguido, aunque desgreñado, de la comunidad cultural española. Pero debo adelantar a ustedes las evidentes concomitancias del señor Umbral con las campañas comunicativas y culturales del Partido Comunista de España, del que el señor Umbral actúa como portavoz aparentemente frívolo, pero tremendamente efectivo, entre torpones halagos a la presunta debilidad de los académicos; entre podridos sahumeros de sus papanatas. Me divertí su enfado cósmico cuando le tiraron al cesto su trabajo —al dictado— contra la línea moderada del PSOE. Llegué casi a comprender el croar de las ranas como risa bergsoniana cuando el portavoz prodiga, entre orines, su coba a Francisco Fernández Ordóñez o Carmela García Moreno. Admiro lo que podría hacer un Umbral libre cuando sale del guiñol. Pero la viñeta ridiculizadora de los obispos españoles —pobre monseñor Iniesta, «in partibus lunaribus»; pobres compañeros de viaje de la pseudoteología roja— con que «Mundo Obrero» culmina su campaña de alto bordo contra el documento episcopal será la mejor ilustración para el artículo del señor Umbral.

En un análisis elemental de contenido sobre los trabajos del portavoz se advierte una correspondencia unívoca y sincrónica con las líneas de comunicación y las campañas de penetración del PCE. No me obliguen, por favor, a demostrarlo; ahí tienen, en una semana, el atentado a los